



## LA CRUZ RUSTICA.

Siento una emoción dulce, cada vez que, paseándome en el campo, encuentro una cruz. Mi imaginación la rodea con todas las inspiraciones santas que ha producido, con todos los consuelos que ha dispensado. El pobre labrador, que sale al trabajo desde el alba, ha ofrecido allí frecuentes votos al Autor del día, y la cruz le ha recordado que la culpa del primer hombre, condenándole á regar la tierra con amargos sudores, condenó también á un Dios á morir en ella. La cruz le ha exhortado á que abra también algunos surcos en el campo de la eternidad, cuyas semillas serán su resignación y su paciencia en medio de sus duras fatigas. Mientras que millares de avejillas bendecían á Dios en los árboles inmediatos, venía tal vez un mendigo á pedirle ante la cruz que no le olvidase, como á ellas no las olvidaba. Luego quizás volvía á comer allí el pan recibido en el umbral de alguna ca-



sa hospitalaria, y aquel madero amigo del afligido, le inspiraba instrucciones llenas de esperanzas. En efecto, el que abrazó su ignominia y se deleitó en la abnegación y las necesidades, reserva al pobre sus miradas más dulces y su sonrisa más tierna. Si veo una cruz junto á un manantial, recuerdo al Dios que es "la fuente verdadera de agua viva," y si la encuentro en el lugar más retirado de un valle, "así, me digo, habita la calma á la sombra del Señor."

En otros días, un respeto poético protegía esos monumentos humildes, y el tiempo no más tenía derecho para deteriorarlos ó destruirlos. El campo limitado por ellos se tenía por bendito, y parecía que Dios debía complacerse en fecundarlo. Nadie tocaba al musgo que los cubría; solamente las aves le arrancaban algunos fragmentos para construir sus nidos; ó tal vez alguna madre joven, que atribuyéndole cierta virtud, llenaba con él un escapulario, para colgarlo al cuello de su hijo recién nacido.

No ha mucho tiempo que repetía yo estas reflexiones al pie de una cruz, alzada en las inmediaciones de cierto pueblo. ¡Qué melancolía respiraba su silencio, y qué atmósfera de santidad parecía rodearla! ¡Qué bien se había escogido aquel sitio para elevar en él una cruz! Al rededor suyo crecían árboles majestuosos, agrupados en la falda de un cerro, que parecía interceptar

el bullicio del mundo, como el de los vientos. Enfrente de la cruz se tendían las aguas azuladas y tristes de un estanque, y los suspiros de la brisa entre sus juncos producían en el alma un eco poético indefinible.

Había permanecido allí casi una hora, respirando como un perfume de paz, amando y admirando á Dios, cuando ví llegar al cura del pueblo vecino, que me había indicado aquel sitio, para que allí nos viésemos.

—Ya sabía, me dijo, que os gustaría este lugar solitario. En él halló asilo uno de los hombres privilegiados á quienes inspira Dios un gran menosprecio á los placeres del siglo, concediéndole, á la vez, un vislumbre de los que guarda el cielo. En estío, el césped le servía de cama, y las copas de estas encinas eran su techo; durante el invierno, vivía en esa oquedad que forma la peña viva, y pagaba con oraciones el pan de la caridad; pero con oraciones que hacían prosperar á la familia que había tenido la fortuna de alimentarle. Al fin murió, lleno de años y de virtudes; y desde entonces se reputa santa esta tierra. Jamás se coge para usos profanos el agua de esta fuente que él bebía y solamente la fe se acerca á ella. Esta cruz es un recuerdo de aquel justo, y en cada aniversario de su muerte, concurren aquí numerosos peregrinos, á cuya devoción ha son-



reido más de una vez el cielo. He visto á varias madres de soldados hacer novenas á esta cruz, y la vuelta de sus hijos sanos y salvos, entre los peligros de la guerra, ha galardonado su fe piadosa. Más de un hijo ha implorado aquí la salud de su padre; más de un hermano la de su hermana; y tal vez no pasa día en que el bálsamo de la resignación y la esperanza no endulcen ante esa cruz algunos dolores del alma y del cuerpo.

—A esa cruz, prosiguió después de una breve pausa, debo uno de los recuerdos más dulces de mi vida, uno de aquellos recuerdos que alientan á un sacerdote en el desempeño de sus funciones difíciles, haciéndole sentir qué frutos de paz y dicha puede proporcionar con ellas á sus prójimos.

Estas últimas palabras picaron mi curiosidad. Insté al cura porque se explicase haciéndole sentar junto á mí sobre el césped fresco y suave que tapizaba la orilla de la fuente. ¡Ojalá pueda reproducir su historia con la amable y tierna sencillez que la adornó al salir de sus labios!

—Había ido á media noche, me dijo, á visitar un enfermo, que vivía lejos de aquí. Cuando me despedía, me suplicó su mujer que encomendara su curación al santo ermitaño, y la ofrecí hacerlo. Tomé, pues, la senda que conduce á esta cruz, para cumplir desde luego mi promesa. Al llegar aquí, aún no se había puesto la luna, y ya blan-

queaba el oriente. La alondra despertaba y salía de los trigos, anunciando con sus primeras notas el fin del sueño de las aves. Al pie de la cruz estaba una joven y la luna iluminaba su rostro, vuelto hacia la parte de que yo venía. Me detuve, y la miré sin que ella me percibiese.

Ví junto á ella un niño, que parecía temer que el viento frío del alba helara sus mejillas delicadas, y se las calentaba con su aliento. Sus miradas respiraban á la vez amor y tristeza, y la amargura de una separación próxima vislumbraba entre su sonrisa maternal.

¡Qué idea me ocurrió entonces!... La deseché, porque me afligía y me avergonzaba; pero al fin tuve que ceder á ella. La joven se conmovió mirando al niño, y se cubría los ojos con las manos, como si temiera ver su ignominia. Su oración, cuando alzaba la vista hacia la cruz, estaba llena de misterios. Parecía al mismo tiempo buscar á Dios y huirle; vertía lágrimas de las que anuncian una conciencia perturbada, y su corazón exhalaba sollozos, que sólo podían ser hijos del arrepentimiento.

Sí, pensé; esta joven ha ofendido á Dios, y el remordimiento la castiga. Ya no merece el honor de que los ángeles velen alrededor de su lecho. Ya no ruboriza su frente el amable pudor, sino la triste conciencia del menosprecio ajeno y del suyo propio. Ya no tiene derecho á ser feliz, pues-



to que es culpada, y ninguna severidad es excesiva para quien ha hollado la más santa de las leyes prescritas á la mujer.

No me engañaba; pero, ¿debía pronunciar contra la infeliz un fallo tan duro? ¿Quién era yo? Representante del que había dicho á los Fariseos, que le traían la mujer adúltera. "Que el que no haya pecado entre vosotros, la tire la primera piedra." No me bastaba decir que tales palabras eran sublimes, sino que debía ponerlas en práctica. La reprensión, el insulto no disonaría tanto en otras bocas; pero en la mía! ¡en la de un sacerdote!... ¡Oh! ¡no! Sus palabras son el rocío que refrigerar los corazones enfermos, y nunca debe pasar ante el samaritano, sin echar algún bálsamo sobre sus heridas. Me arrepentí de aquel primer movimiento duro y pedí perdón á Jesucristo, que me manda ser siempre manso con el afligido, é indulgente con el débil.

La joven tomó al niño, le alzó mirando al cielo, y creyendo que sólo él podría escucharla:—He aquí, exclamó inundada en lágrimas, el depósito que una madre os confía. He venido á ponerle bajo la protección de la cruz, porque ella os recuerda, oh Dios mío, que prometisteis perdonar á los pecadores. Os lego á mi hijo... ¡Dichosa la mujer que no tiene por qué avergonzarse del suyo, que puede mecerlo sobre su corazón y velarle su sueño!...

Por qué no me han dicho: ¡Ve á mendigar tu pan de puerta en puerta, ve á dormir sobre la paja ó el suelo duro, pero conserva á tu hijo?... ¡Conducid aquí á una mujer, que apiadada de su infortunio, le adopte, y nunca le deje sospechar que le abandonó su madre!...

La faltó fuerza para continuar. Cubrió de besos á la criatura, que extendía hacia ella sus manecitas, como si entendiera su triste suerte.

Me habría sido bien difícil no compadecerla. Su lenguaje me conmovió y lloraba. Sí, lloraba, y sobre todo por ver que la pobre había tenido tanta confianza en esta cruz. ¡Haber escogido este lugar para exponer á su hijo! ¡Persuadirse de que al arrancarle á su seno, le daba á Dios por padre!... Sentí una viva necesidad de consolarla y fortalecerla, y me dirigí á ella. Al verme dió un grito, y la faltó muy poco para desmayarse.

—Hija mía, te he oído, la dije, he admirado tu fe y he llorado tu yerro.

—¿Dónde, dónde me ocultaré? exclamó retorciéndose los brazos, y dejándose caer de rodillas, más bien por no poder sostenerse, que por orar. Su temblor y palidez me hicieron temer algún accidente.

—¡Cómo! la dije; ¿nunca me has oído hablar de Jesucristo, que junto al pozo de Samaria conversaba con una mujer mucho más culpada que tú, y la dijo que podía en-



trar en su reino? ¿No te le he mostrado, abandonando sus piés á los besos y lágrimas de Magdalena, y despidiéndola en paz, porque, según decía, la perdonaba mucho, por lo mucho que había amado? Yo pronunciaría mi condenación, querida hija, si después de referirte las misericordias del Señor, no fuera misericordioso; si habiéndote dicho que él tiene sus brazos siempre abiertos para el pecador, te cerrase los míos.

Estas palabras no la tranquilizaron, ó por mejor decir, no las entendió, y repetía:— ¡Dónde me ocultaré! ¡Dónde me ocultaré!

—Vamos, hija mía, la dije; ten alguna más confianza en mi ministerio de paz y de perdón. Tú eres mi oveja querida, puesto que te has extraviado, y te debo más apoyo, por lo mismo que eres más débil. ¿Temes que salga de mi corazón el secreto de tu afrenta? Sería injuriar no sólo á mí, sino á Dios, cuyo sacerdote soy. El me ha encargado que examine y cure las llagas más secretas de las almas, y mi mano izquierda debe ignorar el bien que haga mi mano derecha.

Por fin, se atrevió á levantar los ojos y á mirarme.—Habláis de perdón, me dijo, y sé bien que no lo merezco.

—Hija mía, la respondí, si sólo te arrepintieras levemente de tu falta, no te hablaría como consolador, sino como juez. Te diría que la mujer cuando nace, recibe el

pudor como un adorno santo, y que su profanación desagrada tanto á Dios como á los hombres. Pero deseo tranquilizar tu conciencia, léjos de prestarla nuevas armas para que te aflija. Dios te perdona, por lo mismo que te crees indigna de ser perdonada, y acepta en expiación de tu culpa el homenaje de tu humildad y de tu confusión.

Así logré calmarla poco á poco, y al fin la inspiré una entera confianza. Refirióme, pues, la historia de su culpa, con tanta ingenuidad como vergüenza. Os la diré en pocas palabras. Su padre había hecho un viaje largo para recoger una herencia. Era un labrador; pero había educado bien á su hija. Durante su ausencia, vendieron la granja que él arrendaba; el joven que la había comprado, vino á verla, y le encantó la belleza de María. Por desgracia, ésta no sólo era bella, sino amable é instruida. Presto correspondió al afecto que inspiraba, halagando su vanidad la idea de casarse con un hombre rico y de alto nacimiento. Este sin embargo la había exigido que no comunicara á la madre sus promesas, y tal circunstancia la hubiera abierto los ojos, si ella no hubiese querido cerrarlos. Cuando al fin cayó en una falta, á que la condujo la vanidad no menos que el amor, conoció que el desprecio que sigue á la caída de una mujer, comienza muchas veces por el hombre mismo á quien ella cree destinado á repararla.



Entonces recurrió á su madre, que era su única esperanza; porque el seductor había desaparecido. Gracias al aislamiento de la granja, y á la distancia á que estaba del pueblo, la vergüenza de María no tuvo más testigos que su infeliz madre y una criada que la amaba mucho para perjudicarla con alguna indiscreción. El nacimiento de su hijo precedió muy pocos días á la vuelta de su padre; y este anciano, que adoraba á su hija, sobre todo porque la creía honrada, recibió tal golpe con lo que vió y supo, que una hora después se hallaba en cama, atacado por una fiebre agudísima. Declaró que si no sacaban de su casa al bastardo que era su afrenta, le daría muerte. Por eso la triste María vino á exponerle al pie de la cruz, y ya sabéis cuánto la costaba tal sacrificio.

—Hija mía, la dije cuándo concluyó su narración, el corazón de una joven debe ser diáfano para los ojos de su madre. Ya has visto cómo Dios te castiga severamente por haber disimulado con la tuya. Ella habría suplido tu inexperiencia, diciéndote que un hombre que se rodea de misterios, tiene el corazón lleno de falsedad y malicia; porque si sus esperanzas fueran puras, se honraría en publicarlas. Ella habría convertido en dolor saludable el gusto con que oías sus requiebros y alabanzas, enseñándote que esa vanidad ofendía á Dios, y comprometía el tesoro de tu castidad, tan grato

á sus ojos. Pero, hija mía, conozco que tu corazón necesita más consuelos que reprobaciones y cargos. ¡Qué bien has hecho en confesármelo todo, ó mejor dicho, cuánto debes agradecer á Dios que me haya conducido aquí!... Toma á tu hijo... Yo no creo que te sea lícito abandonarle... ¿No serías también demasiado miserable, atormentada por la idea de sus padecimientos? Voy á llevarte á la casa de tu padre, y le haré ser para tí como el padre del hijo pródigo. Le presentaré ese angelito, cuya sonrisa atraerá sobre él la bendición de Dios, y estoy seguro...—¡De qué me permitirá criarlo á mis pechos! exclamó. ¡Ah! no: el cielo no querrá que nazca tanta dicha de una culpa que detesta... Casi me serían indiferentes los sarcasmos de mis compañeras, con tal de no abandonar á mi hijo. Su mirada primera me reveló una fuente de placeres tan dulces, que casi olvidé todas mis aflicciones. Pero mi padre preferió su honor á la vida. ¡Demasiado lograré si me perdona y permite que le asista mi arrepentimiento en los últimos días... acaso en las últimas horas de su vejez!...

Profirió estas últimas palabras con una emoción tan viva, que me enterneció. Procuré alentarla, y al fin la decidí á que volviése con su hijo al techo de que le desterraba una cólera que me parecía injusta.

Jamás olvidaré el momento solemne en que el padre de María la volvió á ver con



su hijo. Se incorporó en su lecho, y el furor le inflamaba el rostro. Puso á Dios por testigo de que su hija no le tenía respeto, y hollaba su autoridad, y le pidió que vengara sus canas, que le demandaban justicia. Todo fué con tanta violencia, que no tuvo lugar de interrumpirle, y volviéndose á mí, continuó:

—Pues sois sacerdote, debéis ratificar la maldición que pronuncio sobre ese niño y sobre su madre. La Iglesia no os ha establecido para que defendáis la causa de la ingratitud y de la impiedad filial. Decid á esa miserable que no merece el perdón de Dios, y que algún día la condenará con estas palabras: Te había prescrito en mi cuarto mandamiento que honraras á tu padre y á tu madre.

María estaba moribunda.

—¿Sabéis lo que está escrito en el evangelio? dije al anciano. Que un hijo se echó á los piés de su padre, diciéndole: ¡He pecado contra el cielo y contra vos! Que las entrañas del padre se conmovieron de piedad, que levantó al culpado, y le estrechó á su corazón. . . . ¡Cuán digna de compasión fuera vuestra alma, si compareciese ante Dios en este momento! Le pediríais misericordia, y él os respondería: Debías usarla con tu hija, debías usarla con un inocente que no te había ofendido. ¡Ah! cómo olvidáis mi santa misión de caridad, al querer hacerme cómplice de vuestros ana-

temas! No; mientras salían de vuestros labios, yo suplicaba á Dios que cerrara el oído, y en nombre de su inefable bondad, os aseguro que no ha querido escucharos.

Quizá el acento de mi voz aumentó la fuerza de estas palabras y causó alguna confusión al irritado viejo. Reprendíale su mujer aquel acceso de cólera, que podía causarle la muerte; no atreviéndose á hablar de la pobre María, porque él imputaba su ruina al exceso de la indulgencia maternal; pero sus ojos me expresaban cuánto me agradecía que defendiese á aquella venturada.

—No alcanzó, dijo al fin, por qué os obstináis así en perseguirme. ¡Qué! ¿tendré que decir á quien me deshonra: Eres mi hija querida? . . . Ella es causa de que yo no desee levantarme de este lecho; porque si me levantara de él, si saliera en público, todos me señalarían con el dedo y se dirían: “¡Allí va el padre de aquella desdichada!”

—¡Cuán duro es, señor, continuó apretándome la mano y llorando, no merecer ya que me pidan la mano de mi hija, y que se honre alguno con mi parentesco! . . . Ya sabéis la estimación que disfrutaba mi nombre, aunque no soy rico. . . . A la verdad, no tengo valor para mirarla. . . . Bien veo que padece, pero la he amado mucho para perdonarla.

—Con todo, respondí, es preciso que yo



no haya dicho en vano al entrar: ¡Paz á esta casa!

—¡Paz á esta casa! repitió con una sonrisa de intensa amargura.

—Sí, ¡paz á esta casa! continué: ¡paz, en nombre del Dios que perdonó á la culpada, siendo el Santo de los santos, y que si indignaría si vos, pecador como ella, quisiérais ser más severo que él mismo! ¡Paz, por el tesoro de indulgencia que ha puesto en las entrañas de todo padre! ¡Paz, en nombre de la sola humanidad, que os grita: Violaríaís sus leyes, si dejárais perecer á vuestra hija, cuando podéis salvarla. El peso de vuestra maldición la abruma, y morirá si no la retractáis.

—Pues bien, que viva en paz; dijo tendiéndola su mano. Mi alma hace un esfuerzo que abreviará los pocos días que me restan.

María se halla realmente en el estado más lastimoso; pero cuando la dije:—Tu padre te perdona, pareció que renacía. Se precipitó sobre sus manos y rostro, mezclaba los besos á las lágrimas, y su ternura y humilde gratitud triunfaron al fin de la frialdad rencorosa que todavía conservaba el anciano.

—La creía más culpada, dijo; la virtud no se ha extinguido en su corazón.

Ella le respondió:—No pretendo que excuséis mi conducta; demasiado sabéis que es inexcusable.

—¿Por qué? dijo ya conmovido; la experiencia hace cometer faltas á los jóvenes, y la experiencia hace indulgentes á los viejos.

—¡Os he ofendido tanto!...

—¡Pero estás tan arrepentida!

Así la piedad iba arraigándose por momentos en el corazón del anciano. Ya no se contentó con recibir los besos de su hija, sino que le dió uno. ¡Con qué amor se lo volvió ella! Luego decía besándole los ojos:—¡Ojalá ciegue yo la fuente de sus lágrimas! En sus labios: ¡Ojalá no vuelvan á exhalar palabras de ira! En sus canas: ¡Os haré olvidar la mancha que por mí han recibido! Enternecíase el anciano; y apretaba la mano á María, diciéndola con ojos llorosos:—Eres una buena hija.

Aún tenía que pedirle un favor, y le faltaba el ánimo. Volvió la vista á su hijo y los ojos del padre tomaron la misma dirección.

—Pues perdonáis á la culpada, le dijo María, ¿no perdonaréis al inocente?—No, respondió.—Padre mío, continuó ella, retractad, retractad la maldición que pronunciásteis contra él, y que haría el tormento de toda su vida.

Parece que tal súplica exigió al anciano un esfuerzo doloroso. Alzaba al cielo sus ojos, y en cada uno de ellos temblaba una gran lágrima. Sin embargo, dijo al fin:—Tráeme á tu hijo... María lanzó un grito de júbilo, y se arrodilló ante su ca-